

"El eterno retorno"

Sabina de la Cruz

"No sin ser deformada puede la realidad exhibir sus enigmas"

José Manuel Caballero Bonald



El escritor siempre es un enigma para sus lectores, sobre todo un silencioso como Blas de Otero. "Yo me enseñé tan poco", declaraba en una insólita confidencia poco frecuente en él. Sin embargo, una *Historia (casi) de mi vida*, inédita hasta la primera edición de su *Obra completa* (2013), abrió "casi" la puerta autobiográfica en 1969. Quince páginas

"El etern

no pueden contener los 53 años de una vida, pero son palabras del poeta que entreabren la puerta por donde se vislumbran datos sobre su infancia, hasta entonces solo intuitivos: la madre, el colegio, los juegos, los amigos. Lo demás está en sus versos, ellos son su "autobiografía", acaso no el espejo más fiel para conocer la realidad, pero sí para comprenderla. Es el camino que he recorrido para revivir y desvelar algunos de los secretos que permanecían dormidos en los poemas del hombre que amé, los que él no quiso descubrir o tal vez escondió en las

palabras para evitar el dolor del recuerdo. Tampoco es un intento biográfico de Blas de Otero, sino un esbozo de lo que conocí durante nuestros años de convivencia y en el estudio de su obra. Las conversaciones con la familia y los viejos amigos han sido una contribución imprescindible y muy eficaz para afirmar hipótesis, eliminar o corregir suposiciones, comprobar datos y, sobre todo, humanizar la información que proporcionan los documentos, dar carne y sangre a los fríos e indispensables archivos del Juzgado.

Aunque Blas de Otero advierta al lector de lo poco que le gusta mostrarse, el mismo lenguaje poético es un parlanchín que traiciona los sentimientos más escondidos. Nada descubre la intimidad del poeta como su propia escritura. Consciente unas veces, sin advertirlo otras, ¿cómo esconder el alma de las palabras? La hoja en blanco es el lecho en que se desnudan los sentimientos.

Un artículo del profesor Ramón García Mateos sobre la vieja amistad de Blas de Otero con la familia Goytisolo, sobre todo con José Agustín, en cuya casa de Barcelona convivió con el matrimonio y la pequeña Julia en los años cincuenta, me alertó sobre los poemas donde Blas de Otero menciona a su madre; también acudí a mis propios recuerdos sobre "mamá Concha" y al poema "Sin saquear la



*Los abuelos de Blas (en el centro) con unos familiares
(en Orozko, Bilbao, 1890)*

verdad", compuesto en julio de 1968. Transcribo el artículo del profesor García Mateos:

"Blas y José Agustín Goytisolo: Razones de su amistad:

Decíamos que no es casual la relación entre ambos poetas y hemos dado algunas referencias contextuales que facilitaron, sin duda, aquella cercanía; pero hay también otras razones más personales y subjetivas. Tanto uno como otro eran hombres desamparados, con el corazón a la intemperie, heridos por una sensación de orfandad que tiñe de sombras el sentimiento. La muerte de su madre, Julia Gay, en marzo de 1938, como consecuencia de un bombardeo de la aviación fascista sobre la ciudad de Barcelona, dejará a Goytisolo desvalido para siempre (...).

La muerte del padre, pero sobre todo su ansia de ternura frente a una madre distante e incapaz de mostrar sus afectos –"manos de lana me enredaran, madre", escribe en "Biotz-Begietan", con ese uso tan revelador del subjuntivo, modo de la irrealidad y del deseo-, dejarán para siempre en Blas de Otero la huella de la indefensión y el desabrigo. (...). La abrumadora vitalidad de José Agustín (...), su generosidad y su ternura de niño rebelde y pendenciero debieron encajar a la perfección con los interminables silencios y la hombría de bien del poeta vasco." (1)

Hasta aquí la inteligente mirada del investigador sobre el verso analizado. Leamos las tres estrofas que desvelan el origen de la queja anterior:

Madeja arrebatada de tus brazos
blancos, hoy me contemplo como un ciego,
oigo tus pasos en la niebla, vienen
a enhebrarme la vida destrozada.

Aquellos hombres me abrasaron, hablo
del hielo aquel de luto atormentado,
la derrota del niño y su caligrafía
triste, trémula flor desfigurada.

(1) Ramón García Mateos, *Blas de Otero y José Agustín Goytisolo: Crónica de una amistad*, Boletín de la Fundación Federico García Lorca, N° 43, Madrid 2008, pp. 81-99.

" El e t e r n

Madre, no me mandes más a coger miedo
y frío ante un pupitre con estampas.
Tú enciendes la verdad como una lágrima,
dame la mano, guárdame
en tu armario de luna y de manteles.

Las familias de la alta burguesía bilbaína de comienzos de siglo organizaban la vida familiar dejando la crianza y educación de los hijos pequeños en manos asalariadas: las *añías* que los amamantaban, les dormían con sus canciones, y atendían sus llantos, sus enfermedades. Desde los cuatro años entraban en la vida infantil las educadoras, casi siempre extranjeras para que la convivencia diaria facilitara el aprendizaje de los idiomas. Blas niño tuvo a su lado a "*mamuasel*" Isabel, la inspiradora del famoso soneto:

Mademoiselle Isabel, rubia y francesa,
con un mirlo debajo de la piel,
no si aquél o ésa, oh *mademoiselle*
Isabel, canta en él o si él en ésa.

Princesa de mi infancia: tú, princesa
promesa, con dos senos de clavel;
yo, le livre, le crayon, le...le..., oh Isabel
Isabel..., tu jardín tiembla en la mesa.

De noche, te alisabas los cabellos,
yo me dormía, meditando en ellos
y en tu cuerpo de rosa: mariposa

rosa y blanca, velada con un velo.
Volada para siempre de mi rosa
-*mademoiselle* Isabel- y de mi cielo.

Al pequeño Blas le arrancaron muy pronto de los brazos de *mademoiselle* Isabel y del cuarto de estudio, y poco después de la acogedora Escuela de Párvulos de Doña María de Maeztu, para llevarle al austero colegio elegido por su madre.

El padre del poeta, Armando de Otero Murueta, hijo y nieto de navieros bilbaínos, había hecho sus estudios en Inglaterra y fue un joven emprendedor que

retorno"



Los padres con sus hijos José Ramón, M^a Jesús y Blas (Bilbao, 1917)

durante la Primera Guerra Mundial consiguió reunir una importante fortuna con el comercio de metales. Amante de la música y protector de artistas, creó la segunda emisora de radio que hubo en Bilbao (Radio Vizcaya EAJ 11). Su madre, Concepción Muñoz Sagarmínaga, era la hija única de un famoso médico, José Ramón Muñoz Lámbarri, fundador y director de la Casa de Maternidad de Bilbao, y defensor de los métodos franceses más modernos, como "La Gota de Leche", para el cuidado de la madre y el hijo. Ambos descendían de antiguas

familias del valle de Orozko, propietarias de tierras y caseríos. Pero la depresión postbélica acabó con la euforia de *los años veinte*, y con muchos de los negocios que habían crecido al amparo de la neutralidad española, entre ellos los del padre del poeta. La hija muy protegida del Dr. Muñoz no estaba preparada para las desgracias que fueron cayendo sobre ella: muerte de su padre en 1916 (el mismo año del nacimiento de Blas), y después el traslado a Madrid del matrimonio con sus cuatro hijos en un intento de salvar los negocios familiares.

La vida en la nueva ciudad, la imposible recuperación económica y, sobre todo, la muerte del primogénito con dieciséis años, recién comenzados los estudios de Derecho, destruyó toda esperanza. Tres años después se aleja del hogar Armando de Otero para morir. Demasiadas desgracias para una mujer mimada



*Blas (centro) en los brazos de Mademoiselle
(playa de Donostia, 1920)*

desde la cuna en el Bilbao próspero de comienzos de siglo, que ahora vuelve viuda y con tres hijos al amparo de la familia. Pero ella supo protegerse del modo más ingenuo y efectivo: recuperando *su* Bilbao, *sus* amigas, *sus* iglesias, *sus* cuñados los navieros Otero y la dulce madre del Orozco natal, aunque su casa de Bilbao no fuera ya la de tiempos pasados. Así describe su hijo el nuevo hogar:

Mi cocina de Hurtado de Amézaga 36 contribuyó poderosamente a la evolución de mi ideología.

(Hoy recuerdo aquella cocina como un santuario, algo así como Fátima con carbonilla.)

(...) Noches de invierno, con lluvia, frío o viento o granizo, y las escuálidas gotas chorreando por la cal (...)

Para un Blas de 15 años la vuelta a Bilbao fue desoladora. Dejaba en Madrid aquella libertad que descubrieran sus asombrados ojos de niño: los amigos infantiles (su bienamada *jarroncito de porcelana*) y las aventuras del parque del Retiro. Ahora, único hijo varón, él era la esperanza de la familia, pero el deber tuerce el camino que llevaba a las Letras y le obliga a seguir los estudios de Derecho. Su corazón, como una pieza dislocada, pugna en vano por encontrar el centro perdido.

retorno "

Es entonces cuando sufre su primera depresión, enfermedad que en adelante empañará durante breves períodos el normal transcurrir de su vida. Su madre no supo entenderlo nunca, los médicos bajaron la cabeza, y el adolescente Blas de Otero calló también. Pero cumplió sus deberes filiales y fue profesor de Derecho, y también abogado de una empresa vizcaína, en cuyos ratos libres escribió, según confiesa, los poemas del que fue su primer libro, el *Cántico Espiritual* (1942). Desde niño había sido poeta, aún pueden leerse en sus libros escolares pequeñas dedicatorias rimadas.

He seleccionado dos de sus poemas donde aparece al desnudo el sentimiento de orfandad que menciona el profesor García Mateos. Los escribió en Madrid en julio de 1968, recién llegado de La Habana al concluir el Congreso de la UNEAC 1967, al que había asistido como Jurado del Premio de Literatura Cubana. Vuelve conociendo que tiene un cáncer del que ha de ser operado con urgencia, pero no en Bilbao sino en Madrid, para ocultar la noticia a su madre. Un mes después (7 de julio 1968) escribe el poema que transcribimos:

SIN SAQUEAR LA VERDAD

Amatxo, ven. Estoy muy solo. Soy un emigrante
que aún no retornó a su aldea. Ven, llévame a Orozco,
si es que puedes con tus pies. Estás muy anciana,
cargada de años y desgracias,
encorvada de tanta aventura de tu hijo Blas.
Mamá, no hagas caso a nadie. Sentémonos a la sombra del nogal
y contemplemos la parroquia, la cumbre de Santa Marina, las nubes...
Ven. Quédate aquí
en la tierra,
vamos a no morirnos, madre,
a inventar una permanencia para mí y para ti,
solos,
vamos a establecer el eterno retorno para nosotros dos,
te veo con dieciocho años en la romería de Murueta,
rubia como este papel, de ojos claros, serenos
como el azul de la mañana,
eres la más linda de las mozas de la aldea,
déjame que me lleves en tu vientre
apenas palpitando,



Blas de Otero con José Agustín Goytisolo en el Arco de Bará (Tarragona, verano de 1956)

sin imaginarme siquiera todo lo que me va a suceder en el mundo,
madre de la cinta azul
atada a la pata del corderillo blanco,
escucha, las campanas se derraman sobre el campo,
por qué tanta desdicha y desolación después...
Madre te voy a decir una cosa
que tú no sabes: el cáncer que cercenó el bisturí instantáneamente...
Mamá, ven. Estoy muy solo,
tantos fantasmas de mujeres que aparecieron en la pantalla,
fulgieron un momento y se desvanecieron,
tú sola permaneces,
tú sola llenas mis manos de versos y de pasquines,
tú sola revisas el marxismo sin saquear la verdad,
tú sola existirás más allá de mi muerte.

retorno"

El título del poema, y esa invocación a la madre en euskera y en diminutivo (*amatxo*, mamá) adelantan de manera inequívoca que "la verdad" queda supeditada al sentimiento: describe a la madre que hubiera deseado, tan falseada que la exageración se percibe de inmediato. Sí, había nacido en Orozco, la zona rural que rodea Bilbao, pero a los 22 años, antes de casarse, ya vivía en la ciudad. El hijo la ensueña con dieciocho años, la más linda moza de la aldea, y la recrea y se recrea en un tiempo anterior "al ser", renunciando a la individualización. La pareja materno-filial queda protegida con signos rituales en esta ensoñación (la cinta azul de la confraternización universal y de la candidez, rodeando la inocencia del cordero).

¿Por qué tanta desdicha después? Volver atrás, solos madre e hijo, "el eterno retorno" nietzscheano contra el correr irreversible del tiempo, pero recreados en la irrealidad, como un retrato engañoso: "vamos a no morirnos, madre, a inventar una permanencia para mí y para ti, solos". En los últimos versos ("fantasmas, versos y pasquines"), se desborda el humor, un tanto triste, del poeta al recobrar a la madre soñada, y vestirla de rojo. Ya otro poeta, José Manuel Caballero Bonald, sentenció ante las imágenes distorsionadas de ilustres personajes de la Historia: "No sin ser deformada puede la realidad exhibir sus enigmas" (2).

El enigma de esta imagen se desvela muy pronto. Habían pasado veinte días desde la creación del poema anterior, cuando Blas de Otero escribe "Siete", amarga visión del hogar materno de Bilbao dirigida a un ignoto "camarada", "compañero":

SIETE

Mi casa, por desgracia, es una casa,
un calcetín colgando de un alambre,
donde escribí mis libros más sombríos
y me viré hacia la vida, a dios gracias.
Esta casa, compañero, esta casa
está sentada siempre, está sentada,
y hace frío en verano y en el invierno hace calor
(que te crees tú eso);

(2) José Manuel Caballero Bonald, *Anatomía poética. Diálogos de la literatura y la pintura*, Ilustraciones de José Luis Fajardo y prólogo de Juan Cruz Ruiz. Círculo de Tiza, Madrid, 2014, pp. 0120-0121.

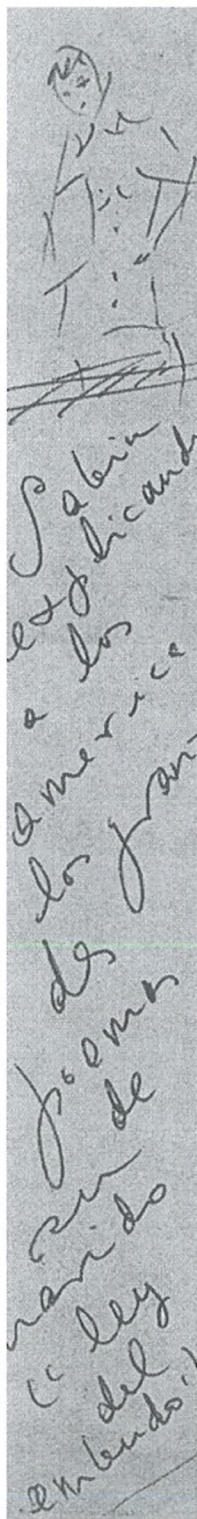
"El etern

y yo he regresado, camarada, unos días
a recoger mis libros, mis discos, mis contratos,
y he encontrado a mi madre en el pasillo
y a mi hermana en la sala,
y a mí mismo leyendo en un rincón,
comprende, compañero, que han sucedido largos días
y anchas noches, camarada, desde entonces.
Qué hacer, si he visto el mundo desde arriba,
y las nubes también desde arriba,
y di la vuelta alrededor de un niño
de Pinar del Río,
y era muy distinto
a los niños de España y a los tíos de París;
ha ocurrido algo
en algunos lugares de la tierra,
compañero,
camarada, mi casa por desgracia sigue igual,
no sigue igual,
hay más discos, compañero,
más serenidad, camarada,
y más amor en voz baja, y son las siete.

Desde el primer verso las imágenes son desoladoras: “un calcetín colgando de un alambre”, lugar del que es necesario huir, con esa despectiva expresión, “me viré”. Los personajes (madre, hermana) son figuras estáticas, el propio poeta se recuerda “leyendo en un rincón”, escondido para leer. La vida sigue, pero muy lejos: “ha ocurrido algo / en algunos lugares de la tierra”, pero “mi casa sigue igual”. ¡No! Como un grito de esperanza, admite que algo ha cambiado en esa casa: más serenidad, más amor (aunque sea a escondidas, “en voz baja”).

¿Era así la casa de Bilbao, donde vivían su madre y sus dos hermanas, y él durante sus visitas? No. Lo que el poeta describe son realidades del sentimiento, respuestas emocionales a sensaciones íntimas. Recuerdo la carta que recibió de uno de sus amigos más queridos, el escritor gaditano Fernando Quiñones, que después de una visita a Bilbao, le aconseja: “Te conviene salir de ahí, Blas”. ¿Qué había observado Quiñones? Nada contra la ciudad bilbaína, ni contra la casa y la familia de los Otero, sí la tristeza del poeta vasco por una culpa que venía de muy

retorno "



atrás, cuando un joven Blas de Otero decidió ser Poeta y no Abogado, como hubiera querido su madre. Un poema de *Que trata de España*, "Año muerto, año nuevo", escrito en 1963, me dio la respuesta:

Entré en mi casa, vi que amancillada
mi propia juventud yacía inerte;
amancillada, pero no vencida.
Inerte, nunca desesperanzada.

(Artzetales, Bilbao, 7-09-2016)

*Dibujo dedicado de Blas
a Sabina en el margen de
un ejemplar del Diario
Vasco (entre 1974-1978)*

